



Mujeres dominicas, predicadoras en el mundo: desafíos y posibilidades¹

Alejandra Marabotto, O.P.

*“Ahora en el exilio el Espíritu Santo desciende más fácilmente
que en el tiempo en que estaba de pie en el Santuario.”
(Maggid de Mesritscli)*

Por ser dominica entre la multitud de dominicas he aceptado, no sin temor y temblor, narrar algo de nuestro patrimonio común y de los frutos de nuestro estar “en medio del pueblo”.

Lo hago con alegría, porque me parece un símbolo lleno de esperanza que se me invite a hablar, llamándome desde el Sur y desde el mundo de los discapacitados, donde hago itinerancia y convento.

Mujer y predicación

El primer desafío supone tomar conciencia y abrir caminos para que la mujer llegue a ser un lugar teológico, superando la cultura de los lugares comunes. Estos empiezan definiendo a la mujer desde su uterinidad - como madre-, en lugar de incluirla en la categoría mayor de persona.

Además, el discurso masculino continúa generando un modo de percibir a la mujer como alguien incapaz y frágil, lo que fue conduciendo a que no sólo nos viéramos así y lo aceptásemos, sino que origináramos algo que yo llamaría “la conciencia de lo imposible”. Esta conciencia tiene un particular peso en el momento de ocupar espacios, de tomar decisiones, porque aparece como una enorme resistencia que tira para atrás y activa la sensación de “no poder”.

Sabemos también que, más allá del discurso oficial sobre la paridad de derechos inaugurados por la revolución francesa, la cultura patriarcal continúa encerrándonos en un “imaginario igualitario” para sumirnos prácticamente en una “violencia invisible” que muestra su eficacia cuando conversamos en la cotidianidad.

El breve panorama que refleja la situación de América Latina, en primer lugar quiere ser memoria e invitación a la vez, para que nos vinculemos estrechamente al destino de la femineidad en este hoy histórico que transitamos.

¿Y desde ahí qué es nuestro predicar?

Domingo y los frailes que lo acompañaron desde el comienzo; los hermanos y hermanas que después de ellos caminaron en fidelidad al carisma, son quienes nos descubren el hondo sentido de nuestra predicación y nos aseguran que la predicación continuará teniendo futuro si sabe alimentar a los nativos del mundo entero, nuestros hermanos, hijos de nuestros compañeros de viaje.

Nuestra predicación es en sí misma un atrevimiento, abierta a todos los riesgos, frágil como toda criatura humana, en busca de interlocutores, invitando, esperando, vulnerable a la distracción ajena, a veces “voz en el desierto”. Pero es condición indispensable que prediquemos; por la gracia de predicar y porque lo que deseamos predicar gratuitamente nos ha sido dado. Como mujeres predicadoras buscamos nostálgicamente a las demás mujeres, a la humanidad entera para cambiar las situaciones de postergación y de cansancio, de amanecer que tarda en llegar.

Nuestra predicación además ha de acreditar nuestra esperanza y solicitar toda la esperanza adormilada que, por no atreverse a ser, se angustia en miles de protestas.

“Me quité la túnica ¿tendré que ponérmela otra vez? Me lavé los pies ¿cómo voy a volver a ensuciármelos?” (Cant. 5,3-4)

Enumerando algunos desafíos

- a) **La omnipotencia de la tecnología.** Nuestra predicación es como la pequeña honda de David, delante del gigante tecnológico que exhibe su omnipotencia y omnipresencia.
Parece claro que en la relación de la ciencia moderna con el mundo le esté faltando algo, pues éste no acierta a conectarse con la más intrínseca naturaleza de la realidad. Havel dice que solo nuevos brotes de trascendencia serán la real alternativa a la extensión.
- b) **La crisis de la familia.** Nos interroga nuestra predicación frente al desafío de la fragmentación de la familia, cuya placenta ya no es continente de rostros y de sueños.
- c) **La religiosidad desencarnada.** Tiene que ver con cierta esfera del mundo religioso institucionalizado donde fácilmente los valores se hacen invisibles.... Descubrimos con euforia al Dios de los milagros, y cae en la penumbra el respeto por el milagro del ser, del universo, de cada existencia...
- d) **La demagogia discriminante.**
- e) **Y las nuevas generaciones...**

Posibilidades de predicación dominicana

Hoy si nos dirigiéramos a Domingo y le dijéramos: "Dime, Domingo, ¿qué harías si volvieras?", tal vez escucharíamos esta invitación: *"Cuida de cada mujer, de su nombre y de su rostro; cuida de la humanidad en lucha todavía. No dejes que el grano de tu granero, amontonado, se pudra y tu sangre se reseque llenando tan sólo el cáliz de tus venas"*.

Si, como Domingo, conservamos la *"rectitud y la gozosa satisfacción de la esperanza"* (Heb 3, 6), descubriremos que cada espera se vuelve esperanza y que "saber esperar" significa saber vivir activos, vigilantes, con las lámparas encendidas.

a) La predicación y el pozo

Pozo y mujer frecuentemente se asocian en la Biblia y en las culturas, no solo porque en su sentido positivo el pozo se asemeja al vientre de una mujer en gestación, sino porque, en su vertiente negativa, es figura de la negritud de la ofensa que hendiéndose en el alma de la humanidad-mujer, amenaza con hundirla.

Es importante que nuestro predicar empiece escuchando las voces y el sufrimiento de una gran parte de la humanidad. Si nos convertimos en oído amigo que escucha,... el pozo entonces será lugar y símbolo de las aguas que engendran la nueva matriz de la paz.

Creemos que lo más auténtico de nuestra predicación femenina se diseña en este ámbito del escuchar y del suscitar la narración, cuidando de que las palabras acogidas y brindadas sean sobriamente necesarias, fermento de liberación.

b) La predicación y el desierto

El segundo lugar de nuestras posibilidades frente a los desafíos, es el desierto. *"Su belleza -dice Saint Exupéry- consiste en que esconde un pozo en algún lugar"*.

Israel vivió el desierto como una realidad ambivalente. Creo que para nosotras, dominicas, el desierto hacia el cual debemos caminar sin titubeos es *"la ciudad invisible"* que cruza toda ciudad opulenta; la periferia del centro; el sur, hijo ilegítimo del norte.

En una sociedad que divide a los hombres en usuarios de derechos y excedencia, siguiendo las huellas de Domingo caminamos hacia los que están de más, los no necesarios, los no previstos. Estamos llamadas a nombrarlos y a incluirlos; a necesitarlos allí donde están con compasión, y con la fuerza de la Palabra que nos ha sido confiada.

c) La itinerancia y la mendicidad

Son el tercer lugar de nuestra predicación. Es el camino elegido por el Señor de la vida, quien se hizo mendigo del hombre y enseñó este secreto a Domingo.

Nuestro Padre, celoso de la porción de herencia que le tocó en suerte, nos la transfiere íntegra, queriendo que nuestro horizonte sea el mundo entero; contemplativo de cada átomo que compone la vida y servidoras de la verdad que por la mendicidad de Cristo habita todo hombre y mujer confiriéndole dignidad absoluta.

Nuestra femineidad y la actitud misericordiosa que aprendemos de Domingo se cifran peculiarmente en la esperanza, ya que su campo se configura con lo que todavía no está y exige sin embargo entrega para llegar a ser.

Por otra parte, nosotras que, por carisma, estamos llamadas a itinerar, tenemos hoy como tarea fundamental encontrar, junto a todo hombre y mujer de buena voluntad, los caminos válidos para que la postmodernidad se reencontre con la esperanza. No podemos crear valores que la fundamentan, pero está en nosotras aplicarnos para hacerlos luminosos.

Como dominicas que creemos en el estudio y amamos la razón “*que nos alegra con su claridad*” (fray Luis de Granada) estamos invitadas a reinstalarla en el centro mismo de la escena de la vida dejando que pronuncie palabras desde lo más profundo de su ser, que no ama el absurdo ni puede vivir indefinidamente en él.

Si, juntos, volvemos a la sensatez de una razón *afectuosa*, reconstruiremos la espiritualidad y la genuina actitud religiosa que son esencialmente vivencia gozosa de los valores, máxima apertura hacia el sentido y la afirmación de la vida.

Gracias a la esperanza, volveremos a percibir que todo en la vida apunta hacia una complementación de su sentido, un todo cumplido que los creyentes llamamos Reino de Dios, y los hombres de buena voluntad armonización y plenitud de vida, justicia y paz.

Los que vivimos en el sur del mundo hemos encontrado la esperanza en nuestra itinerancia y necesitamos anunciarla, ser ministras de nuestros pueblos que cuidan tiernamente de ella y por ella son alimentados. En el sur del mundo el proyecto engendrado por la esperanza salva a diario la vida amenazada.

En el norte del mundo la esperanza tal vez deba resucitar tantos proyectos nacidos en favor de la vida, de la justicia, de la fraternidad y de la paz que, sin embargo, el egoísmo estructural ha reducido a faraones de muerte.

d) El convento y la alabanza

Nuestra itinerancia lleva en sus entrañas la nostalgia del convento: luego de la urgencia o de la serenidad con que hicimos caminos, reencontrarnos es el momento de la memoria y de la nueva *proyectualidad*.

Como María que conservaba todo en su corazón y para quien Lucas emplea la palabra griega “*symbollos*” para expresar el proceso simbólico de confrontación entre la Escritura y los acontecimientos, las mujeres dominicas convenimos para hacer síntesis y apertura.

Según la más honda intuición de Domingo, “*hacer convento*” es otra de nuestras posibilidades y un desafío también. El convento se configura como el lugar donde cada vez más ahorraremos las palabras inútiles y nos purificaremos para encontrar aquellas pocas que son necesarias.

Será también el lugar donde -porque soñamos- tendremos la gracia de vivir despiertos, y porque padeceremos contradicciones y discutimos, abriremos espacios al “*Siervo-brote*” (Zac 4,8), cuyo recuerdo entre las gentes, a pesar de las estrangulaciones, genera siempre nostalgia y búsqueda.

El convento, de cuya construcción cada mujer dominica es responsable y capaz, permite hoy que nuestro ser dialógico triunfe, y pronunciando la verdad destruya la mentira, gritando la esperanza venza la tristeza, predicando el amor venza al egoísmo. También en el convento predicamos pero al mismo tiempo disfrutamos el privilegio de contemplar cómo nace la Palabra que nos salva, cómo verdaderamente se hace carne en cada carne y que por la Palabra entregada redimimos, mientras somos redimidas cuando la acogemos.

El convento, cuando es compartir el sufrimiento de los pobres, nos hará llorar como Domingo lloraba en el corazón de la noche; nos ensuciará de barro y nos cansará física y moralmente cuando se trate de compartir la historia de mujeres y de hombres saturados de violencia, de desesperanza y de oscuridad.

El convento será también lugar de la alabanza a Dios, que nos lleve a contemplarlo en todos los iconos sembrados en la historia y a descubrirlo también en los más dolientes y silenciados, es gozo que santifica la humanidad y unción que alivia las heridas.

Finalizando entonces, sencillamente podemos sintetizar nuestra misión en este gesto: preparar incesantemente una morada para Dios allí donde estamos, instaurando vínculos santos y siendo ministras para que su Espíritu llegue a cumplimientos.

Y cuando nuestros compañeros de itinerancia y de convento, en el gozo o en el desierto, desde la nostalgia pregunten por "*dónde habita Dios*", humildemente dejaremos resonar la sentencia de rabi Mendel de Kotzk: "*Dios habita donde se le deja entrar*". Ésta es la debilidad del Dios en que ponemos nuestra confianza: se consigna a toda mujer y a todo hombre que quiere dejarse conquistar por Él.

Alejandra Marabotto, O.P., pertenece a la Unión de Hermanas Dominicadas Santo Tomás de Aquino

1.- Resumen de una conferencia de la Hna. Alejandra Marabotto, OP ante la Asamblea inaugural del Movimiento Internacional de Hermanas Dominicadas en mayo de 1995.